

ñosa, profunda, inefable, y un misterioso fluido inundó todo su sér.

—¡Lupe!, exclamó Guillermo estrechando la mano de su amada.

—¡Guillermo!, contestó Lupe, llevando aquella mano al corazón.

—¡Te amo!

—¡Te amo!

Y los canarios aleteando y cantando hacían coro al celestial dúo de dos almas que se unían para siempre.

FIN

EL HOMBRE NUEVO



I

Don Manuel de Avendaño da vueltas en su elegante despacho: adusto el ceño, sombría la mirada, pavoroso el semblante; sus pasos resuenan en la duela del piso, ora se detiene y respira con fuerza, como si á su pecho faltase aire, mucho aire; ora se deja caer con desesperación en la muelle poltrona. La rugosa faz, que en este momento infunde miedo, tiene rasgos de varonil hermosura: frente grande y prominente, donde las pasiones han abierto hondos surcos, ojos grises de penetrante mirada, que debe de haber sido burlona, pero que hoy despide fuego infernal; lengua y espesa barba semicana, constitución vigorosa, pero ya gastada, á juzgar por la densa palidez del rostro. Se halla en la tarde de la edad

viril, y empieza á percibir las sombras de la vejez que se aproximan.

El señor de Avendaño, al nacer, perdió á su madre, y á los quince años á su padre. Rico, orgulloso y de vehementes pasiones, se entregó á los placeres sin freno ni temor de Dios, y corrió con vertiginosa rapidez por la pendiente de los vicios, complaciendo el corazón henchido de deseos, siempre sediento y jamás satisfecho, y derramando el oro á manos llenas, para lograr cuantos perversos designios fraguaban las enardecidas pasiones.

Aquel espíritu enérgico y activo, logró primero hastiarse que satisfacerse, y el festivo, y frecuentemente satírico carácter de Don Manuel, trocóse en rabioso é insolente, al grado de que no se soportaba á sí mismo. Entregóse con febril entusiasmo á la lectura; devoraba sin discreción cuanto impreso caía á sus manos; pero aún en aquella momentánea distracción sentía el acíbar del hastío que envenenaba todo su sér. Su sensual naturaleza, inclinada al amor, encontraba en los recuerdos intolerable repugnancia y acervísimo odio á cuanto había amado. En medio del lujo y de la opulencia, no se atrevía á veces ni á mirar el fino cortinaje y los magníficos muebles de su

alcoba, porque en vez de halagar su vanidad, eran mudos testigos de su indecible angustia.

—¿De qué me sirve, pensaba, este esplendor, que llenaría de júbilo á tanto necio, si hay oculta y mortal gangrena en mi corazón?

A veces, al contemplar su caja henchida de riquezas, sentía profunda ira, y aún desprecio por el oro con tanto anhelo, y muchas veces con bajezas y crímenes buscado por los hombres, y que era impotente para darle una sola gota de felicidad.

Los sueños de su niñez, las ilusiones y primeras locuras de su juventud, la prolongada orgía de su edad viril, que en otro tiempo fueron estímulo de nuevas culpas, no tenían ya atractivo para un corazón podrido entre los placeres y muerto á toda noble aspiración. Convencido el Sr. de Avendaño de que la felicidad era un mito, y devorado constantemente por aquel hastío que le hacía en alto grado odiosa la vida, resolvió despedirse de ella para siempre. Comprendió entonces el espíritu destructor del anarquismo, porque él sentía impulsos de destruirlo todo.

—Yo, como los anarquistas, clamaba apretando los puños con rabia, soy hijo

del odio. Pero, ¿de dónde me ha venido este odio? ¡Ah!, de haberme amado sólo á mí, que soy tan indigno de ser querido.

El más allá no le aterraba, porque rara vez pensó en ésto: el mundano placer había envuelto su existencia por todas partes, y saturado todo su sér. Aunque hombre de no escaso talento y de mucha lectura, no había dado rumbo fijo á sus ideas, y dejaba, sin preocuparse para nada, que la borrasca de ellas enturbiase el entendimiento. Sólo un principio había profesado y seguido siempre: que en la vida el hombre debe gozar cuanto pueda. Era el ateo práctico del siglo XX, ciego en medio de tanta luz, que repetía con los antiguos paganos: "La vida es breve, coronémonos de flores, antes que se marchiten."

En los momentos en que conocemos al señor de Avendaño, no vacilaba respecto de una resolución ya definitivamente tomada. No tenía en el mundo más afecto que el recuerdo de su madre, y anualmente visitaba el antiguo cementerio de "El Refugio," donde estaba sepultada, y sentía algo extraño, como una imperiosa necesidad de despedirse de aquel pedazo de tierra, de aquella silenciosa tumba que guardaba los despojos de la mujer que no había conocido, pero con cuyo caliente

regazo había soñado. Estuvo algunos instantes con el rostro hundido entre las manos é irguióse de repente, y sus ojos brillaron con siniestra llama: parecía que bañaba su alma una ráfaga de su ya perdido júbilo.

—Sí, se dijo, voy, y después todo terminará pronto.

Abrió un cajón de su elegante escritorio y sacó una pistola de bolsa de mango de concha y nácar, cercioróse de que estaba cargada y guardóla en el bolsillo del pantalón. Maquinalmente se fijó en el retrato de su padre, colgado en el centro de una de las paredes de la pieza, pero no sintió impresión ninguna; luego en el de su madre, que estaba cerca de aquél, y estremecióse ligeramente. Parecióle que aquella dulce mirada que no había tenido la ventura de contemplar, se fijaba en él suplicante; recondó que la única oración hecha por él en la vida, había sido por su madre; permaneció un momento pensativo, y luego sacudió la cabeza con violencia, como para alejar una idea, abrió la ventana del balcón, desde el cual se contemplaba el cerro de la Bufa de la ciudad de Zacatecas, con sus escarpados crestones y su manto de esmeralda, que empezaban á quemar las escarchas de Octubre. Su ciudad natal, donde habían

volado vertiginosos los años de su vida, no sólo no tenía encanto para él, sino que aumentaba su hastío. Sentía, con irresistible fuerza la necesidad de ver otros objetos, de pasar á otra vida, aunque fuese peor que la presente. Sucediáale lo que al enfermo atormentado por mucho tiempo con el mismo dolor, que desea trocarlo por otro, aunque sea más agudo. De un brusco golpe cerró la ventana, dirigióse al escritorio y, en pie, escribió con mano convulsa:

“A nadie se culpe de mi muerte; me quito la vida con plena y deliberada voluntad, porque es para mí una carga insufrible. Digo, para desengaño de muchos, que ni el oro, ni el amor, ni la gloria, ni los placeres, nada, en fin, en el mundo, puede dar al humano corazón la felicidad en la que, para nuestro mal, nos hacen creer, y que no existe en ninguna parte. La autoridad dispondrá de mi fortuna como mejor le plazca.

MANUEL DE AVENDAÑO.”

Dejó encima del escritorio la carta abierta, púsose el sombrero y salió de su casa desolado, con dirección al campo santo del Refugio.

Concentrado Don Manuel en un solo pensamiento, no se detuvo en tomar el tranvía, y pasaba calles y más calles, sin ver á nadie, sin fijarse en nada. Mientras más andaba, era mayor la velocidad de su paso. ¡Admiraba la rapidez con que aquel desventurado corría hacia la muerte!

De improviso recordó haber lído que el suicidio era una cobardía.

—Mentira, se dijo interiormente con indignación, es una consecuencia natural de la desdicha: con una gota de la hiel que en este instante destila mi corazón, habría para envenenar los corazones de todos. ¿Quién es el necio que no aparta de sí, con vigorosa mano el peso que le aplasta?

¡Ay, el insensato no tenía fe, ni brillaba para aquella ciega alma la luz de la esperanza, y cuando ésta se pierde para siempre, comienzan desde esta vida los suplicios eternos. Era, no obstante, lógico su raciocinio; pero falsas las premisas.

Sudoroso, jadeante, detúvose para tomar aliento en una de las empinadas calles que conducen á la estación del Central. Mientras respiraba con fuerza, y se limpiaba con finísimo pañuelo el su-

dor de la frente, oyó cerca de él entrecortados y conmovedores sollozos; volvió los ojos hacia la puerta de donde salían; cerca del umbral estaba sentada, con la cabeza entre las manos, una joven de quince á dieciséis años, que lloraba amargamente. El señor de Avendaño acercóse á ella, y la joven, al sentir los pasos levantó la llorosa faz afilada por el dolor.

—¿Qué tiene usted, joven?, preguntó Don Manuel.

—¡Ay, señor!, contestó poniéndose en pie; mi madre acaba de morir, y me quedo sola, sola en el mundo, sin ningún amparo y en la mayor pobreza.

La luz del vespertino crepúsculo iluminó el hechicero rostro de aquella joven de apacible belleza; su rostro era un perfecto óvalo de tersa blancura, ahora pálido por el dolor; sus grandes ojos de purísimo azul, como el cielo de su patria, sombreados por enormes pestañas, tenían una expresión de infinita ternura, el abundante y blondo cabello bajaba por la espalda en dos luengas y exuberantes crenchas, el cuerpo no muy alto, esbelto y bien formado, y todas las facciones en notable armonía con el conjunto. Aquella aparición hubiera sido en otro tiempo para el rico zacatecano poderoso incentivo de amorosas aventuras; pero

la impresión que le produjo la hermosa joven fué sólo de compasión, porque quedaba huérfana. Recordó que él no había conocido á su madre, y cierto instinto decíale que á su falta debía su desdicha, y maquinalmente dijo á la joven:

—Véamos á la madre de usted.

En una pobre habitación, sobre una cama de pino, está el cadáver de una mujer de edad madura, víctima de la tuberculosis: bocarriba, con los brazos cruzados sobre el pecho y un crucifijo en medio de ellos; el negro traje hace resaltar más la blancura del exangüe rostro, en el que la muerte no ha destruído aún totalmente la belleza. La joven aproximase al cadáver, besa con afecto y profundo dolor aquella helada frente, y al verse tan cerca los rostros de ambas, nótase su semejanza, luego, señalando el cadáver de su madre, dice al caballero:

—Allí la tiene usted, y rompe á llorar de nuevo.

Don Manuel, sin darse cuenta de ello, estaba conmovido.

—No he hecho en mi vida ningún bien, pensó, haré siquiera uno en memoria de mi madre, antes de tirar esta pesada canga de la existencia.

—¿Qué piensa usted hacer?, preguntó á la joven.

—Buscar el amparo de doña Tula.

—¿Quién es doña Tula?

—La esposa de don Juan del Río, donde mi madre cosa. La familia me conoce bien, y quizá se complace de mi horrorosa situación.

—¿Cómo se llama usted?

—Consuelo López, servidora de usted.

—Pues bien, Consuelo, nada tema usted. Conozco á don Juan del Río, y voy en el acto á arreglar que usted viva en su casa, bajo su cuidado y protección. En cuanto al entierro de la madre de usted, corre todo de mi cuenta. Voy á mandar á usted personas que velen el cadáver y al agente de inhumaciones para que todo lo arregle sin la menor molestia para usted.

—¡Ah, señor!, exclamó la joven conmovida; gracias, gracias; usted es el ángel de quien me habló mi madre.

—¡Yo un ángel!, dijo don Manuel dibujándose en sus labios la burlona sonrisa de antaño.

—Sí, señor; mi madre, próxima ya á la agonía, y cuando le dije: Madre, madre de mi alma, no me quedo sola, llévame contigo, me contestó con la inque-

brantable fe en Dios que jamás la abandonó:

—Hija mía, resignate; mi muerte es ausencia, no definitiva separación; nos reuniremos después, en el cielo te espero. Dios no abandona á los que en El confían; si es preciso, mandará un ángel que te ampare en tu soledad y defienda tu juventud y tu hermosura. ¿Cómo no he de creer que es usted ese ángel?

—Ea, está usted muy nerviosa. Ya no tengo que decirle; fie usted en mí; y diciendo esto se despidió y dirigióse á la casa del señor del Río, con la misma rapidéz que poco ha caminaba en busca de la muerte.

—Estos estúpidos creyentes, pensó, tienen inverosímiles extravagancias. ¿Ángel yo? Pues si de tales ángeles estuviese lleno el cielo, no iría á él por nada del mundo.

III

Don Juan del Río era un comerciante que después de trabajar con buen éxito por muchos años, sostenía con decoro su casa y familia, que no era nume-

rosa, reduciase á su mujer, doña Tula y á su hija Eva, guapa joven en la primavera de la vida, afectuosa, extremadamente impresionable, y de no poca belleza: pelo y ojos castaños, aquél abundante y quebrado, éstos grandes, ardientes y expresivos; blanca, bien desarrollada, de voluptuosas formas, seductora sonrisa, diminuta boca y perfilada nariz.

Cuando don Manuel llegó á la casa de don Juan, la familia estaba reunida en la sala; la esposa y la hija, después que el señor de Avendaño hubo saludado, levantáronse con intención de retirarse.

—No se vayan ustedes, dijo don Manuel, pues creo que mi negocio debe resolverse en consejo de familia. En seguida, con fidelidad, concisión y aún con enternecimiento, refirióles el casual encuentro con Consuelo, y el abandono y angustia en que ésta se encontraba.

—Quiero, agregó, proteger á esa joven, y en una casa como la de ustedes tendría subsistencia y educación. Yo pasaré á ustedes una mesada para los gastos de Consuelo, mesada que aseguraré antes de emprender un largo viaje que estoy resuelto á hacer.

La familia del señor del Río conocía perfectamente á Consuelo, y compade

cida también de la huérfana joven, accedió gustosa á la solicitud del opulento zacatecano, y acordóse que madre é hija irían por Consuelo López, tan luego como la muerta fuese inhumada. El señor de Avendaño dióles cortesmente las gracias y se despidió.

Maravilladas quedaron doña Tula y su hija, de que don Manuel hiciese aquella buena obra, y manifestaron su sorpresa con grandes aspavientos. Sólo Don Juan, pochorrudo por naturaleza, no acostumbraba á maravillarse de nada, y quedóse tan frío y callado, que á doña Tula dióle grima que no participase de su para ella justificado asombro.

—¡Jesús!, exclamó dejando caer con fuerza la diestra mano sobre el hombro de don Juan, que hallábase en pie, y bamboleó al golpe de su expresiva con sorte. ¡quién lo creyera! ¡Este rico, que tiene fama de incorregible libertino y de miserable tacaño; que no es capaz de dar agua al gallo de la pasión, pagar ahora y por toda la vida—porque no ha hecho limitación ninguna—la educación y subsistencia de una huérfana? Esto es estúpido, inverosímil. Por Dios, Juan, ¿te has fijado bien si el señor de Avendaño estaba en su juicio?

—En su juicio está, Gertrudis.

Doña Tula, de improviso, frunció el ceño, llevóse el índice á la boca, fijó pensativa la vista en el suelo, y después de breve silencio lanzó una exclamación.

—¿Qué tienes, mamá, interrogóle Eva.

—Pienso que si estará don Manuel enamorado de Consuelo, y nosotros vamos á hacer un papel... vamos, nada airoso en verdad.

—Precisamente el haber buscado para abrigo de la desgracia una casa honrada como la nuestra, prueba su buena intención. Por otra parte, conocemos bien á Consuelo López.

—Tú, ¿qué dices, Juan?

—Que Eva está en lo justo.

Doña Tula no replicó ya, ocupábase en hacer mentalmente la distribución de la mesada, de modo que el nuevo miembro de la familia, no sólo no le fuese gravoso en lo más mínimo, sino que dejase pecuniaria utilidad, aunque fuese pequeña, pues la señora era económica y anhelaba el aumento de la conyugal hacienda.

—Consuelo es muy simpática, dijo Eva, me alegro mucho de que venga á vivir á casa; siempre he deseado tener una hermana, poco más ó menos de mi edad, y Dios me la ha concedido.

Mientras la familia del Río seguía comentando el extraordinario suceso, Don Manuel, con la actividad propia de su carácter, estuvo en la agencia de inhumaciones "La Casa Blanca," y dispuso que inmediatamente se buscaran dos mujeres honradas que velasen el cadáver de la madre de Consuelo, y arregló el entierro, encargando que se le pasase la cuenta de todos los gastos, y en seguida dirigióse á su casa. Hasta ese momento sintió el cansancio que le abrumaba; pero por la primera vez en su vida, extraña, íntima satisfacción mitigó su indolible amargura.

—Si esta acción, pensó, que nada tiene de grande ni mucho menos de heroica en un hombre hastiado de la vida, que oía tanto le rodea, y aturde sin pena su fortuna, ó la no muy acreditada equidad de la humana justicia, ha aligerado un tanto la pesada carga que aplastaba sin misericordia mi corazón, ¿qué sería si todas mis acciones hubiesen sido como ésta? No lo sé, pero sospecho que quizás no me habría cansado de una existencia que ha venido á ser mi mayor tormento. Mas, es demasiado tarde, para tales reflexiones; la vejez me echa ya su helada garra, y antes que debilite

mi carácter, y agote mi vigor, concluiré la obra intentada.

Llegó á su casa y la anciana que le asistía, quedó estupefacta al observar cierta tranquilidad en el semblante de su amo, y al no oír las palabras duras y frecuentemente injuriosas con que desbordante de ira le hablaba siempre.

—¿Cena, el señor? preguntó á don Manuel.

—Sí, Felipa; sírveme cualquiera cosa,

Felipa fuese á la cocina y entró á ella alabando á Dios y santiguándose. El amo no estaba de mal humor, esto era prodigioso.

IV

Aquella noche tardó mucho don Manuel en conciliar el sueño, pero la idea del suicidio, que por mucho tiempo le había sojuzgado, parecía debilitarse ante pensameintos extraños y nuevos enteramente para él. Veía el doloroso semblante de Consuelo ante el cadáver de su madre y huérfano como ella compadecíala de todo corazón. Luego echó una rápida ojeada á su vida y encontróla llena de horrores, y al letal hastío que poco ha le

empujaba hacia la muerte, sucedió el remordimiento no menos terrible. Si don Manuel hubiese tenido fe, aquel, sin duda, hubiera sido el oportuno momento de su conversión. Pero la noche envolvía por todas partes aquel espíritu digno de mejor suerte. No sabía qué hacer, y después de pensar y meditar mucho, acabó por no pensar nada, y quedó aturdido con los acontecimientos de aquella tarde, tan inesperados y tan raros para su ordinario género de vida. Por la primera vez aquel hombre soberbio que ni ante Dios había doblado la rodilla, sintió la imperiosa necesidad de consultar muchas cosas. Veíase empujado hacia un abismo, cuyo fondo no alcanzaba á mirar, é instintivamente buscaba apoyo que le sostuviese. Había oído encomiar muchas veces la sabiduría y prudencia de Fr. Agustín, religioso exclaustrado que vivía en la Villa de Guadalupe; pero á los elogios de los creyentes había respondido don Manuel con satírica sonrisa, la que, sin siquiera barbotar palabra, punzaba enconosa á los entusiastas admiradores del docto sacerdote.

—Ea, decía, ¿qué han de saber esos frailes que no sepa yo que he recorrido el mundo y descendido hasta sus más profundas simas? El "auri sacrae fames" del poeta devora todos los corazones y el

ansia inacabable de deleites agita al género humano con espantosas convulsiones, que no cesarán sino con la muerte. He leído que un diluvio acabó con la humanidad en otro tiempo; que cinco ciudades en el valle de Pentápolis, fueron devoradas por el fuego. Sin discutir la verdad de estos hechos, y dándolos por reales, prueban que se necesita la muerte para acabar de un sólo golpe con las humanas desdichas. Con estos pensamientos surgía ardiente en su pecho el anhelo de la muerte, como de las encendidas brasas cebadas con leña seca se alza la devorante llama. Por un momento se arrepintió de haber retardado la ejecución de su decidida muerte.

—Ya que ha habido este contratiempo, se dijo, me apresuraré á arreglar todo á la mayor brevedad. Veré á Fr. Agustín, aunque estoy casi seguro que va á salirme con cualquier simpleza. Eso sí, si empieza á sermonearme y me amenaza con eternas penas, lo que es muy probable, á fe de Avendaño, dejo al bendito Padre con la palabra en la boca.

Tomada esta resolución, al siguiente día, después de un desayuno frugal, no por temperancia sino por falta de apetito, dirigióse el señor de Avendaño á la villa de Guadalupe. Era la primera corri-

da de trenes de Zacatecas á la Villa, y sólo ocupaba el carro de primera clase una profesora que se dirigia al Asilo de Niñas. Don Manuel, apenas saludó, arrebujóse en un ángulo del tranvía y quedó hundido en profunda meditación.

Los tranvías de Zacatecas á Guadalupe marchan sin mulas, ni electricidad, ni vapor, debido al declive del camino y en veinticinco minutos, poco más ó menos, llegaron á la Villa. Don Manuel encaminóse inmediatamente al antiguo convento del que sólo una parte, anexa al templo, usan los frailes, pues en el resto hállase establecido el Hospicio de Niños, plantel oficial para huérfanos, donde reciben gratuitamente instrucción y subsistencia y aprenden un oficio. Dentro del atrio, á la derecha del templo, hay un portalito y dos puertas, la primera es la entrada del convento, y la otra la de la capilla que llaman "La Rejita" y que antaño formó parte de la portería.

El señor de Avendaño vaciló un momento y después llamó á la puerta.

—¿Está aquí el P. Fr. Agustín? preguntó al portero, que abría.

—Está diciéndo misa, pero no tardará en concluir. Pase vid., puede esperarle

Don Manuel entró sin contestar nada al portero. Para matar el tiempo, reco-

rrió los corredores de la planta baja, y entretúvose en ver los cuadros murales que representan la vida de San Francisco de Asís. En cada cuadro hay una décima relativa á la vida del ilustre fundador de la Orden Franciscana. Don Manuel contemplaba entre atónito y burlón aquellos imponentes cuadros de tintas frías, que parecían hablarle de las consejas que de niño había escuchado. Aquí y allá, en los arcos cerrados por tabiques, había retratos de frailes difuntos, cuyas virtudes encomiaban letreros al pie de las pinturas: éste es el P. Padrón, de austero semblante, azotando sus espaldas con cadenas de hierro; aquel, el lego Arriaga, de alegre faz y perpetua sonrisa, lleno de pajarillos que se posan en la cabeza y en los hombros del fraile, y aun se meten en las mangas del hábito.

El señor de Avendaño contemplaba boquiabierto los cuadros, y al ver que se acercaba el portero, preguntóle:

—Dígame vd. ¿qué representan estos retratos?

El interpelado, á quien el peso de los años obligaba á inclinarse algo, irguióse, dirigió á los retratos reverente mirada, suspiró, y luego con voz lenta, solemne y participando de la unción que en aquel lugar envolvía todo, contestó:

—Este es el P. Padrón, santo guardián de esta santa casa, sacerdote austero y ejemplar muy favorecido de la divina gracia: suplicóle á nuestro Señor que le eximiera de la carga de guardián, y Jesucristo tuvo la dignación de contestarle que El sería el guardián por tres años para enseñarle, y así se verificó, y Jesucristo gobernaba este Seminario de santos, en la figura del P. Padrón, y éste invisible estaba junto de El.

El portero tomó aliento, conmovióse y prosiguió:

—Aquel es el leguito Arriaga, sencillo y muy virtuoso; en cierta ocasión reprendióle el guardián porque no impedía que los pájaros se comiesen la fruta, salió de refectorio, fuése á la huerta y llamó á los pájaros para que recibieran la reprensión del guardián; obedecieron y el lego volvió á refectorio en medio de una nube de pajarillos. El guardián, disimulando su admiración, reprendió á los pajarillos y señalóles un árbol para que solamente de él comiesen en lo sucesivo.

—¿Y obedecieron los pájaros?

—Sí, señor, obedecieron.

En los labios del señor de Avendaño dibujóse su característica burlona sonrisa. Acompañado del portero dirigióse á los

claustros de la planta alta, por amplia y suave escalera.

—Aquí, le dijo su “cicerone,” en el descanso de este primer tramo de la escalera, luchó con Satanás el V. P. Fr. Margil de Jesús, santo fundador de esta santa casa.

Don Manuel se fijó en el lugar señalado por el portero y fué más penetrante la burla de su sonrisa.

Concluida la escalera había una angosta galería, frente á las celdas cerradas, pues los pocos frailes que sobrevivieron á la exclaustación, no habitaban en comunidad.

—En esta celda, dijo el portero, estuvo alojado Hidalgo, el héroe de la Independencia.

Don Manuel se fijó en aquella cerrada habitación, y en confuso tropel pasaron por su fantasía los principales caudillos de la guerra de independencia. En uno de los extremos de la galería estaba una puerta que conducía á cuatro amplios corredores, cuyos muros estaban cubiertos con magníficos cuadros de la Pasión; don Manuel, al fijarse en el diabólico semblante de uno de los sayones que azotaban al divino Redentor, creyó ver, como en un espejo, su propio semblante y se estremeció. En aquel momento, Fr. Agustín,

con paso grave y majestuoso, los brazos cruzados, hundidas las manos en las anchas mangas del hábito y la cabeza inclinada, dirigiase á su celda. Salióle al encuentro el portero y le dijo:

—Este caballero desea hablar con su paternidad.

Levantó el fraile el venerable semblante iluminado por celestial alegría; clavó los penetrantes ojos en el señor de Avendaño, y díjole con exquisita suavidad:

—Pase vd., caballero.

Don Manuel entró á la celda. Estaba como embriagado con la dulce paz que se respiraba en aquel vetusto edificio.

—Cosa singular, se decía, aquí hay un aroma exquisito. ¿Existirá la santidad y habrá impregnado con su olor este recinto?

V

La celda de Fr. Agustín era un cuartito donde apenas había lugar para una tarima de madera sin colchón, una tosca mesita de pino sin pintar, un pequeño estante con libros y una silla; en las blancas paredes estaban clavadas algunas imágenes sin marco, y sobre la mesa hallábanse

un crucifijo, una calavera y un breviario. Al entrar Don Manuel, el fraile entornó la vieja puerta de una sola hoja, ofreció á su visitante el único asiento y él sentóse en la orilla de la cama.

—Soy humilde servidor de vd., dijo á Don Manuel, volviendo á clavar en su rostro aquellos penetrantes ojos. El señor de Avendaño sintió entrar hasta el fondo de su alma la luz de aquella mirada.

—Me pesa, contestó algo turbado, distraer á vd. de sus múltiples y graves ocupaciones, pero necesito de una persona como vd. que se encargue de continuar y concluir una obra de caridad por mí empezada, no por virtud, pues no tengo ninguna, sino por capricho, casualidad ó compasión, pues realmente no sé á qué atribuir la aventura en que me he metido.

Don Manuel, como inquiriendo el efecto que sus palabras habían causado en el ánimo de Fr. Agustín, le miró con fijeza; pero el dulce semblante del sacerdote no manifestó ni la más leve impresión. En seguida el señor de Avendaño relató con fidelidad cuanto le había pasado desde la salida de su casa en pos de la muerte hasta su regreso á ella. Concluido que hubo, volvió á mirar con observadora mirada á Fr. Agustín; éste elevó la vista al cielo, y parecía que barbotaba una ora-

ción, después díjole con perfecta tranquilidad.

—Usted quiere que yo me encargue de subvenir con los bienes de vd. á las necesidades de esa pobre huérfana.

—Precisamente; falta sólo el consentimiento de vd. para ir en busca de mi Notario y arreglar de acuerdo con él el más seguro medio para que vd. reciba con puntualidad la pensión que lego para la subsistencia y educación de Consuelo.

—Supongamos que acepto, ¿qué hará vd. después?

—Morir como lo tengo ya resuelto, pues vd. no tiene ni la más remota idea de la indecible amargura que empapa mi corazón.

Esta vez fué el venerable sacerdote quien, sin dejar su habitual dulzura, sonrióse con una sonrisa muy semejante á la de Don Manuel. Estó la tomó por una duda, picóse, y para robustecer lo que acababa de decir, agregó:

—Crea vd., señor, que me admira sobremedera que haya en el mundo tantos incipientes que sufran la desdicha cuando en manos de ellos, y sólo con una poca de resolución, está cortar de un sólo golpe el hilo de la vida, ó de la desgracia, que es una misma cosa. Desde que tengo uso de razón no he oído alrededor de mí sino

un continuo tristísimo lamento: ricos y pobres, poderosos y débiles, niños y ancianos, hombres y mujeres, todos se quejan, todos lloran. Abro la Historia y resuena por todas partes y en todas las épocas, el mismo doloroso lamento; leo los eximios poetas y en el fondo de todos sus cantos, hay siempre el sombrío tinte de hondísimas penas. Pretendo matar mi hastío con las historias finjidas, y no encuentro en las mejores sino miserias, infortunios y lágrimas, hasta el celebrado Quijote, cuyas graciosas aventuras son inagotable venero de fina y delicada risa, tiene un fondo de infinita melancolía. Si hablo con los hombres, van siempre por el erial de la vida, fatigados y tristes, sosteniendo apenas el peso de graves cuidados y de continuas calamidades. La alegría del niño es nuevo dolor para la experiencia, porque sabe que es fugaz y que huye para nunca más volver. Los que como yo no han luchado cuerpo á cuerpo contra la desgracia, sino que han vivido conforme á los deseos de su corazón, bebiendo henchida y aun desbordante la copa de las mundanas delicias, se han cansado más pronto de la existencia. Yo, no sólo estoy cansado sino infinitamente hastiado; de aquí mi anhelo, grande, in-

menso por el reposo que espero encontrar en el sepulcro.

Don Manuel fijó sólo un momento la vista en el inalterable semblante de Fr. Agustín, y la bajó luego seguro de escuchar un sermón contra los vicios y contra la desesperación.

Levantóse Fr. Agustín, abrazó cariñosamente al señor de Avendaño y díjole con inefable dulzura:

—Muy amado hermano mío: como el pez muere fuera del agua, el corazón fallece fuera de la paz que es su dicha. Nada extraño hay en lo que vd. me acaba de referir, ni en las reflexiones que ha hecho. Todo es natural, lógico, horriblemente lógico; en la situación de vd., si yo no creyera en Dios y en la vida de ultratumba, obraría de la misma manera que vd.

Tan inesperada respuesta sacudió todas las fibras del corazón de Don Manuel y fijó con admiración los ojos en el semblante del fraile. Fr. Agustín lloraba, no era posible decir si de alegría ó de amor, pero forzosamente dominábase alguno de esos afectos, ó ambos, tal era la tierna expresión que resplandecía en su rostro.

—¿Qué me aconseja vd. hacer en la horrorosa situación en que me hallo? dijo Don Manuel.

—Para dar á vd. acertado consejo pido brevísimo plazo, quince días solamente.

—¡Quince días más de agonía! Está bien, viviré esos quince días.

—Pero es que yo quiero, y encarecidamente le suplico á vd. que esos quince días sean de la misma febril actividad propia del carácter de vd., pero actividad para el bien. Si en un día, en una hora, en un instante, hizo vd. una buena obra, ¿cuántas puede hacer en quince días? Va vd. á despedirse del mundo para siempre: quince días de practicar el bien no me parece mucho exigir después de haber vd., desde que tuvo uso de razón, gastado la vida en deleites.

—Está bien, me esforzaré en cumplir el deseo de vd.

—Mas lo hará vd. por Dios, únicamente por Dios. Ha vivido vd. como si El no existiese; pero no juzgo que vd., hombre de talento y de carácter, sea ateo; pero supongo que no cree en la Providencia, bien porque hundido en mundanos placeres no ha tenido tiempo de pensar en Dios, bien porque el hastío que le devora le ha alejado de la idea de la bondad Divina, bien, en fin, porque no aprendió en el amoroso regazo de una madre—aquí Fr. Agustín recalcó la palabra “madre”—ni á creer, ni á esperar, ni á amar; no

obstante todo esto, ¿me promete vd. obrar el bien únicamente por Dios?

La voz del docto sacerdote, ayudada de la gracia, había tocado con la palabra “madre,” pronunciada de un modo dulce, amable, celestial, la más sensible fibra del corazón de Avendaño. Dos lágrimas asomaron á los ojos de éste y respondió conmovido:

—Lo prometo.

—No me basta aún que durante ese tiempo obre vd. el bien, ¿me promete igualmente evitar cauteloso el mal en cuanto es posible á nuestra flaca y corrompida naturaleza?

—Lo prometo. ¿Y después de esos quince días?

—Se matará vd., si persiste en su resolución, y yo me encargaré de la educación de esa joven á quien vd. ha salvado de la miseria y de los peligros á que quedaba expuesta su juventud y su belleza.

—Está bien. Mil gracias. Adios.

Don Manuel de Avendaño se dejó caer en los abiertos brazos del fraile, y conmovido, nervioso, le estrechó también contra su corazón, y las lágrimas del criminal suicida rodaron por el tosco hábito de Fr. Agustín.